

## Viviendo en la Puerta de al Lado

*Por Kendra Fletcher*

No estoy segura cuando comenzamos a hablar de traer a los padres de mi esposo al valle a vivir con nosotros. Habían estado en el Área de la Bahía por treinta y cinco años y habían visto como su ciudad, otrora pequeña, explotaba y se expandía con el surgimiento del Valle de Silicón. Los edificios de oficinas se apoderaron de los huertos, las carreteras comenzaron a atravesar lo que antes era tierra de cultivo de primera calidad, y el centro de la ciudad fue revitalizado para llamar la atención de una generación más joven y "en la onda." Aún así, a los padres de mi esposo les gustaba lo que allí tenían. Habían edificado amistades y relaciones de negocios, ayudaron a comenzar una iglesia, y disfrutaban sus tiquetes de temporada de la ópera municipal. Dos de sus hijos y sus familias vivían cerca. Cuando inicialmente mencionamos el tema de vender su hogar y que se mudaran a sesenta millas al este, se quedaron viendo el uno al otro con expresiones en sus rostros que decían, "¡No en esta vida!"

El tiempo pasó, la vida siguió como siempre, y mi esposo hacía insinuaciones o pequeños comentarios cada vez que hablaba con su papá por teléfono. Aún así, no parecían interesados. Luego, en la providencia de Dios, mi suegro comenzó a experimentar un dolor debilitante que continuó durante dos años. Su colon estaba enfermo, y los doctores no ofrecían mucho alivio. Las visitas al Centro Médico Stanford confirmaron lo que mi suegro temía: o se hacía una colostomía o continuaría sufriendo de manera indefinida. Todos oramos, se hizo la cirugía, y en algún momento de toda la experiencia creo que Dios suavizó su corazón y les mostró, tanto a él como a mi amada suegra, que nuestro tiempo en la tierra es fugaz y no está garantizado.

Así que la búsqueda de una propiedad comenzó a hacerse en serio. Teníamos necesidades específicas. Mi esposo necesitaba estar a una distancia razonable de su oficina dental en Modesto, pero también sabíamos que queríamos vivir en la misma propiedad o tan cerca los unos de los otros como se pudiera. No queríamos simplemente mudar a mis suegros a un sitio más cercano; queríamos ser facilitarles cuidados y atenciones a medida que envejecieran. Ellos deseaban tener el gozo de ver a nuestros hijos jugar y crecer.

Sin embargo, nuestro condado no permite dos hogares en menos de veinte acres, y ninguno de nosotros estaba seguro que podría, de manera realista, mantener tanta tierra. A pesar de nuestros románticos sueños de dedicarnos a la agricultura, teníamos que recordarnos a nosotros mismos que no éramos rancheros sino más bien una familia que practica el homeschool con seis hijos y una floreciente práctica dental. Una vez más, Dios en su providencia, preparó el lugar perfecto para nosotros, y en noviembre de 2001 los cuatro llegamos a ser los propietarios de dos acres con dos casas que ya estaban allí.

Vivir al alcance de la mano era algo que tenía potencial para provocar problemas difíciles. Inicialmente, nos sentamos y discutimos cuáles pensábamos que serían las áreas de conflicto. Mi suegra sugirió que ellos pondrían una pequeña bandera afuera como señal para los niños, para mostrarles que serían bienvenidos. Ninguno de nosotros deseaba que

nuestros hijos se convirtieran en una peste. Mi esposo y yo teníamos confianza de que mis suegros se preocuparían de no estar sobrecargados, porque nunca habían vivido así en el pasado. Ahora, meses más tarde, la bandera nunca se ha guardado (a ellos les encanta recibir visitas sorpresa por parte de los niños), y nunca han dejado de sentirse bienvenidos en nuestro hogar. Son sensibles con nuestros amigos o mi familia cuando están de visita, y nunca he sentido que mi suegra se estuviera imponiendo; es una persona agradable con la que una desea estar. De vez en cuando me sorprende lavando la ropa o limpiando mi cocina. ¿A quién no le gusta eso?

Ciertamente, podría haber áreas en las que nos ofendemos los unos a los otros, y ya he hecho eso. Hay días llenos de tensión por cuidar a los niños, supervisar la escuela, tratar de almorzar en la mesa, hacer llamadas telefónicas a los pintores y trabajadores que nos ayudan a remodelar, y el entrenamiento en carácter que nunca termina. Algunas veces mi suegra, o mi suegro, aparece de repente en la puerta de atrás, y simplemente porque la ocasión no es la adecuada, reciben una respuesta insolente o malhumorada de mi parte. Veo que un ejercicio excelente es morder el polvo, humillarme a mí misma y pedir disculpas. Es verdad que también ellos han tenido que hacer lo mismo.

Nuestra vida juntos parece haber alcanzado un canal de comodidad en estos días. Con frecuencia vemos a mi suegro por allí en la propiedad con tres muchachos jóvenes en un remolque. Ha hecho espadas de piratas, escudos de caballeros e instaló una cuerda para deslizarse de un lugar a otro. Los muchachos han tenido un modelo extraordinario de diligencia, paciencia y trabajo duro. Nuestras hijas han conquistado los corazones de sus abuelos, y con frecuencia se les ve sentadas en la mesa de la cocina de la abuela comiendo aceitunas como buenas nietas italianas. Los jueves en la noche los visito en su casa para ver algún programa favorito y beberme una gaseosa con mi suegro, algo que sé que recordaré el resto de mi vida. Estas pasadas Navidades nuestro sexto hijo nació en casa, justo contiguo al hogar de sus abuelos.

Pero los beneficios más grandes han sido espirituales. Les hemos retado a ahondar más profundo en la teología y a considerar toda opción en la vida a la luz de la Palabra de Dios. Ciertamente ellos nos han dado una visión para el futuro con un deseo de ser abuelos piadosos que andarán por el largo camino junto con nuestros hijos ya adultos y sus hijos. Es el deseo de nuestro corazón, y nuestra oración más ferviente, que la gracia de Dios se verá por mil generaciones en nuestra familia. Es aquí donde comenzamos el día a día, cada uno dando un poco más de nosotros mismos a los demás. Quizá un día seamos los únicos en la pequeña casa de la puerta de al lado.

Kendra Fletcher es madre de seis hijos y los educa a todos en casa. Vive con su esposo, hijos y suegros a la mitad del Valle Central de California. A pesar de su título en música, obtenido en el conservatorio, a menudo se le encuentra persiguiendo pollos en el gallinero y regañando a su perro labrador dorado come-sandalías.

Traducido por Donald Herrera Terán, para [www.contra-mundum.org/](http://www.contra-mundum.org/)